

aborrecen, ó asistir y proteger á los hombres que aman, ¿no sería una gran idea procurarse la seguridad de su buena voluntad? Al efecto se presentan varias líneas políticas. Supuesto que estas almas ó espíritus se parecen á los hombres por la percepción y la inteligencia, y tal es la creencia primitiva, claro está que se puede escapar de ellas y engañarlas. O bien, como en los métodos que hemos recordado, se les puede tratar como enemigos, se pueden expulsar y despreciarlas. Al contrario, puede adoptarse otra marcha, apaciguarlas si están irritadas, y complacerlas si son benévolas.

Este último modo de ver es el camino que nos lleva á las prácticas religiosas en general: detengámonos, pues, ahora en su estudio. Nosotros veremos que el agregado total de ideas y de prácticas que constituyen un culto, tiene el mismo origen que el agregado de ideas y prácticas ya descritas, pero del cual va separándose paulatinamente.

LUGARES SAGRADOS, TEMPLOS, ALTARES, SACRIFICIOS, AYUNOS, PROPICIACION, ALABANZAS, ORACION, ETC.

Véanse á menudo en las lápidas funerarias inscripciones que empiezan con estas palabras: «Dedicado á la memoria de...» El carácter sagrado que se atribuye á una tumba, se extiende á todo lo que está ó ha estado íntimamente ligado con el difunto. Para entrar en la habitación donde reposa el cuerpo, se hace el menor ruido posible; no se habla más que en voz baja; se atestigua por una sumisa actitud un sentimiento que si bien puede variar en cuanto á otros elementos, hállese fijo siempre el del respeto.

Este sentimiento que una muerte nos trae consigo y que lo origina también el lugar que ocupa y los objetos que le pertenecen, difiere sin duda alguna en parte del del hombre primitivo, pero en su fondo es el mismo. Cuando se nos dice que los salvajes en general, los Dacotahs por ejemplo, «profesan un profundo respeto á los muertos,» y que muchas tribus al igual que los Hotentotes, por cuanto creen que los espíritus de los muertos frecuentan los lugares de su fallecimiento, «dejan en pié las chozas donde han muerto las personas,» con todo lo que ellas contienen, sin tocar nada, reconocemos que el temor es uno de los principales elementos del dolor. La repugnancia con que vemos á nuestro alrededor alejarse ciertas personas de una habitación en la cual ha muerto alguien, así como la aversión que impide á otros el pasar por un cementerio

durante la noche, provienen en parte de un temor vago. Este sentimiento da color á todas las ideas que el recuerdo del muerto puede despertar y es común á todos los pueblos salvajes ó civilizados.

Como quiera que sea, los numerosos hechos prueban que el lugar donde están depositados los muertos excita en el salvaje una emoción de temor, parecido á la de respeto y que toma carácter sagrado. Mariner dice que en las Islas Tonga los camposantos que contienen á los principales jefes son considerados sagrados. Angas escribe que cuando se entierra un jefe neo-zelandés en una villa, toda la villa entera se vuelve inmediatamente *tabu*: nadie, so pena de muerte, puede acercarse á ella. Los Tahitianos, según Cook, jamás habitan la casa donde ha ocurrido una defunción; esta casa y todo cuanto á ella pertenece es *tabu*. Los Neo-Zelandos dejan alimentos para los muertos colocados en «calabazas sagradas.» En Aniteyum, donde está establecido «un culto á los espíritus de los antepasados,» llaman «sagrado castillo» á aquellos en donde depositan á su intención ofrendas alimenticias. En fin, «los Achantis veneran como sagrada la ciudad Bantana, porque contiene la casa del fetiche que no es más que el mausoleo de los reyes de Achanti.»

Lo que debemos aquí especialmente señalar es que el respeto inspirado por el muerto proviene de un sentimiento análogo que el que inspiran los lugares y las cosas dedicadas á los usos religiosos. La paridad de estos dos sentimientos la experimentamos cuando leemos ciertos pasajes de Cook referentes á los habitantes de las islas Sandwich, en donde vemos que el *mores* parece ser su panteón así como también su cementerio; lo mismo que otros donde dice que los *mores* ó campos fúnebres de los Tahitianos son también lugares de veneración. Pero notaremos mejor esta relación remontándonos al génesis de los templos y altares.

Bailey nos enseña que entre los Veddahs trogloditas, hasta una época no muy lejana de la nuestra, se dejaba el muerto en el mismo sitio donde había expirado; los sobrevivientes cambiaban de caverna y dejaban al espíritu del difunto donde había ocurrido el fallecimiento. Schweinfurth presenta un hecho del cual hemos ya hablado á propósito de otra creencia. Nos dice que los Bongos no podían entrar en ciertas cavernas porque pretendían que las frecuentaban espíritus de fugitivos que habían muerto. En otra parte nos dice Livingstone que «nadie osaba entrar en el Lohaheng ó caverna, pues se creía por la generalidad que era la habitación de la divinidad.» Recordemos que los hombres primitivos vivían en cavernas y que asimismo en ellas enterraban sus

muertos; añadamos á ello que desde que dejaron de tener tales residencias continuaron sirviendo de cementerios, y en fin, pensemos que era costumbre general llevar con frecuencia ofrendas al lugar donde descansaban los muertos, y veremos como desde un principio se forma la caverna sagrada ó el templo caverna.

Ninguna duda existe respecto á que los templos cavernas de Egipto tienen este origen. En muchas partes del mundo hállanse cavernas naturales cuyas paredes están embadurnadas de pinturas groseras; asimismo las cavernas artificiales, donde ciertos reyes de Egipto estaban enterrados, tenían sus grandes galerías y cámaras sepulcrales cubiertas de pinturas. Si suponemos que se hacían ofrendas á los embalsamados cuerpos de estos reyes como á los de los Egipcios en general, es preciso deducir que la caverna fúnebre sagrada viene á ser una caverna templo. En fin, cuando se enseña que en otras partes de Egipto se encuentran templos cavernas más complicados y que no estaban destinados á sepultura, pueden considerarse como derivados de los primeros; en efecto, no puede suponerse que el hombre construyera esos templos dentro las rocas sin tener antes algo que le sugiriera semejante idea.

Hay otra clase de templos que tienen otro origen que proviene del método que se sigue en el sepelio. Hemos ya hablado de una costumbre extremadamente censurable, de la de enterrar un muerto en su propia casa. Los Arauaks, nos dice Schomburgk, ponen el cuerpo en una «pequeña *corial* (lancha) y la entierran en la choza.» Humboldt nos enseña que entre los pueblos de la Guayana «se abre un hoyo en la choza donde depositan el cadáver.» Los Criks entierran los guerreros en su propia habitación. Lo mismo en África. Los Fantis «enterraban los muertos en su propia casa.» En el Dahomey les enterraban en sus «propias casas ó en la que había habitado algún antepasado.» Los Fulahs tienen una casa fúnebre: lo mismo los Bogos y los pueblos de Costa de Oro. La cuestión de saber si la casa destinada á este uso acabará por ser templo ó no, depende del uso que prescribe ó no su abandono. En ciertos casos, de los cuales hemos hablado en el capítulo anterior, cuando los sobrevivientes continúan habitando la casa en la cual una ó muchas personas están ya enterradas, el lugar de sepultura no puede adquirir carácter sagrado. Landa nos dice de los Americanos del Yucatan que «por regla general salen de la casa y dejan de habitarla desde que se ha enterrado en ella el muerto, á menos que haya entre el número de sus habitantes varias personas capaces de soportar el temor de tener la muerte por compañía.» Vemos en este párrafo el origen del sentimiento y también los efectos que produce cuando no se combate. Vemos además

que los Caribes «entierran el muerto en el centro de su propia morada,» de ser el dueño de la casa, y que entonces sus parientes «la abandonan y edifican otra en sitio distante.» Los Indios del Brasil entierran un muerto «en la choza, y si el fallecimiento ocurre en edad adulta, se abandona la vivienda y se levanta otra.» Los antiguos Romanos enterraban frecuentemente sus muertos en sus moradas y en seguida las abandonaban.» En el fondo de todos estos hechos existe un carácter comun, el abandono de la casa, que se deja á disposición del espíritu del muerto, convirtiéndose aquélla en un lugar que despierta un temor respetuoso. Por otra parte, como se llevan reiteradas veces ofrendas alimenticias, cumpliéndose ciertos actos de propiciación, al depositarlas, la casa que en otro tiempo era morada de vivientes, resulta ser morada mortuoria, y toma en fin los atributos de un templo.

En los países donde no existe la costumbre de enterrar en las casas, el resguardo que se eleva sobre la tumba, ó sobre el catafalco donde descansan los cuerpos, es el germen del edificio sagrado. Earl cuenta que entre los pueblos de la Nueva Guinea «se levanta un cobertizo de atass» encima del lugar de la sepultura. Cuando Cook descubrió Tahiti, los habitantes de esta isla colocaban los cuerpos de los muertos sobre una especie de ataúd sostenido por dos estacas y resguardado por un cobertizo. Cuando Ellis describió sus costumbres, guardaban todavía la de proteger los muertos de dicha manera. Lo mismo sucede en Sumatra, lo mismo en Tonga, donde el lugar de la sepultura comprende el sepulcro, el otero donde está enterrado y una especie de tejadillo que lo cubre. Naturalmente, este tejadillo es más ó menos grande, más ó menos acabado. Brooke nos dice que los Dayaks edifican monumentos en varios puntos para los muertos, que parecen casas de diez y ocho piés de altura, esculpidas convenientemente y conteniendo en el interior los bienes de los muertos, su espada, escudo, remos, etc. Según la memoria de la expedición de exploración á los Estados-Unidos, los Fijianos depositan los cuerpos de sus jefes y de las personas importantes en pequeños *nebures* ó templos. No nos equivocaremos, pues, concluyendo que estos pretendidos templos no son sino construcciones más desarrolladas destinadas á abrigar las sepulturas. Las prácticas que se pueden reconocer en las construcciones de estos edificios fúnebres nos presentan testimonios que prueban perfectamente su naturaleza esencial. Ellis, describiendo los ritos fúnebres de un jefe tahitiano colocado bajo un abrigo, dice que su cuerpo estaba vestido «y sentado ante un pequeño altar levantado delante de él, sobre el cual los parientes ó los sacerdotes destinados al servicio del cuerpo, depositaban sus ofrendas, sus frutos, sus alimentos y sus flores.»

Hé aquí el cobertizo convertido en lugar religioso.

Los usos de los Peruanos demuestran más claramente aun, que la construcción erigida sobre el cuerpo del muerto se transforma en un templo por un verdadero desenvolvimiento. Lo que los primeros viajeros españoles nos cuentan de los Peruanos, los antiguos Griegos nos lo han contado de los Egipcios. Cieza se sorprende «de ver que los Collas se ocupaban muy poco de tener casas grandes y cómodas para los vivos, mientras que ellos tomaban mucho cuidado de las tumbas donde los muertos estaban enterrados.» De la misma manera Diodoro de Sicilia, para explicar la pequeñez de las viviendas de los Egipcios, que contrastaba con el esplendor de sus tumbas, dice: «Llaman á las casas de los vivos hospederías porque en ellas no moran sino poco tiempo; pero llaman á las sepulturas de los muertos habitaciones perpétuas.» Como las tumbas egipcias, semejando casas por su forma, aunque sobrepujándolas en riqueza, eran lugares adonde se llevaban las ofrendas destinadas á los muertos, en realidad eran los templos. No es raro ver en Oriente que estos edificios mortuorios reúnan los caracteres del templo caverna y los del templo habitación. De la misma manera que en ciertas partes de Egipto, en Petra, en Cirene, del mismo modo también en Etruria se abrían las tumbas en las laderas de las rocas, «como las casas de una calle, y cada tumba estaba hecha á imitación de la habitación de una vivienda.» Así también la tumba de Darío, abierta en la roca, «es reproducción exacta» de su palacio ajustado á la misma escala. Apuntada esta variación, concluiré con la observación de Mr. Fergusson, quien, á propósito de los pueblos caldeos, señala la semejanza de la tumba de Ciro con estos monumentos, y añade: «El más famoso ejemplo de esta forma se llaman tan frecuentemente (por los autores antiguos) tumba como templo de Belo, y en un pueblo turanio se puede decir que tumba y templo son una sola y misma cosa.»

En estos últimos tiempos ha aparecido la tendencia á crear de este modo el templo *de novo*. En el oasis del Sahara se encuentran capillas levantadas sobre los restos de marabuts ó santos mahometanos, á las cuales van los individuos piadosos en peregrinación para depositar ofrendas. Evidentemente también una capilla en la cual se custodia la tumba de un santo, en una catedral católica romana, es un templo pequeño en otro grande. Todo mausoleo aislado que contiene los huesos de un hombre eminente y que se visita animado de sentimientos casi religiosos, es el gérmen de un lugar consagrado al culto.

Si del origen de la cámara sagrada, caverna, casa abandonada, ó casa fu-

neraria construida expresamente, pasamos al de la construcción sagrada que en ella está contenida, el altar, hallaremos desde luego algo que ocupa el punto intermedio entre una y otro. En la India hay edificios sagrados muy desarrollados que reúnen los atributos de ambos.

El montón de tierra que cubre la tumba crece y se convierte en cerro que aumenta de volumen con la dignidad del muerto; se desarrolla y pasa del estado de simple terraplen al de monte hecho con piedra y tierra, y finalmente al de construcción de piedra, que conserva la solidez y á veces la forma de un cerro; pero con una arquitectura inteligente. En lugar de un edificio sagrado nacido de la evolución de la cámara sepulcral, hallamos en el *tope* indio un edificio sagrado producido por evolución del montón de tierra de la tumba. «El *tope* desciende en línea recta de la tumba,» dice Mr. Fergusson; ó, según la definición de Mr. Cunningham, es «un montón de piedras *regularmente formado*.» En estos *topes* indios se encuentran á veces reliquias de Sakya-Muni; en otros, reliquias de sus principales discípulos, sacerdotes y santos: no hay sino reliquias, porque los restos de Sakya-Muni fueron llevados á diversos lugares, y porque habiendo adoptado los budistas la costumbre de quemar los cuerpos, «no se encerraba en la tumba el cuerpo, sino una reliquia.» Así, pues, en tanto que el cambio de uso lo consiente, el *tope* es una tumba; y las plegarias hechas en los *topes*, las procesiones verificadas á su alrededor, las adoraciones de que son objeto, y que atestiguan las esculturas que los cubren, prueban que son simplemente templos macizos y no templos huecos. El parentesco que admitimos se halla implicado en un hecho significativo: el nombre que se da á algunos de ellos, *chaitya*, significa en sanscrito, «altar, templo, y también monumento levantado en el sitio del montículo funerario.»

Volvamos de este especial desenvolvimiento del montón de tierra funerario al montón de tierra en su forma primitiva, y recordemos que entre los salvajes que entierran sus muertos y que les llevan víveres, el montón de tierra se convierte necesariamente en banco sobre el cual se depositan las ofrendas. Hecho ya de tierra ó de césped, ya de piedras y de tierra, ya solamente de piedras, este banco tiene la misma relación que las ofrendas destinadas á los muertos que un altar con las destinadas á una divinidad.

Cuando los cuerpos están colocados en plataformas, sobre las cuales también se depositan los refrescos preparados para el muerto, estas plataformas son efectivamente altares; y tenemos la prueba de que en ciertos casos los altares consagrados al culto de los dioses se derivan de ellas. Cook nos dice que en Tahití los altares en que los naturales depositan sus ofrendas á los dioses, se